

De la nada, dicen los incrédulos, nada puede hacerse.

Que de la nada, como de una causa material preexistente, nada se haga, nada pueda hacerse, es clarísimo, dice Santo Tomás, pues nunca, ni de modo alguno, podrá el no ser, ser la causa material del ser: *Si positio importat habitudinem causæ verum est, ex nihilo, nihil fieri: non ens enim nullo modo potest esse causa entis.*

Pero si sólo se atribuye al axioma, nada se hace de la nada, la significación de un orden sucesivo, de un pasaje ó tránsito de las cosas de un estado á otro, es falso que nada se pueda hacer de nada, pues un poder infinito puede hacer que comience á ser lo que no existía, y tal es lo que tuvo lugar en la creación: *Si autem positio importat ordinem tantum, falsum est, ex nihilo, nihil fieri: quia fit post nihilum: quod verum est in creatione.*

No es cierto que nada se haga de nada, en el sentido de que una cosa que no está hecha no pueda hacerse: la experiencia reclama, dice el P. Monsabré, contra esa interpretación. Yo tengo ante mí un blok de mármol, dice el gran dominico, ¿será un

Dios ó una mesa? será lo que yo quiera, y lo que será no era antes de que yo lo hubiese hecho.

Una casa, como casa, nada es antes de que sea edificada: un viviente, como viviente, nada es antes de estar animado.

Luego hay algo que se hace de la nada, y si nuestra subsistencia limitada no puede hacer subsistir ningún ser, esto no es motivo para que la subsistencia misma, la existencia por sí, la voluntad infinita, esté afligida de la misma impotencia.

Me parece al contrario, continúa el P. Monsabré, que el carácter propio de la omnipotencia debe ser definido por un acto trascendente, que sea la creación misma de los seres subsistentes.

Dícese de un hombre que se aflige sin razón, que se aflige de *nada*; del mismo modo decimos que crear es hacer una cosa de la nada: de modo que no admitimos que la nada sea una substancia, una cosa que la creación transforme, sino un estado que hace cesar: es pensamiento de Santo Tomás: *sicut dicimus aliquem tritari ex nihilo, quia non habet tristitiæ causam, hoc modo per creationem dicitur aliquid ex nihilo fieri.*



Antes de Santo Tomás, la misma observación había hecho San Agustín.

Cuando afirmamos, dice el gran Doctor africano, que el mundo no ha sido hecho de la sustancia de Dios, sino de la nada, no pretendemos atribuir á esta nada, ser alguno, naturaleza alguna, y sólo nos limitamos á distinguir la naturaleza propia del Gran Artífice, de la naturaleza de las obras por El ejecutadas: *cum dicimus quia de nihilo factum est, non de Deo: non nihilo damus ullam naturam: sed naturam factoris a natura eorum, quæ sunt facta, discernimus.*

El Doctor protestante, Clark, se expresa de este modo: "Para formarse una idea adecuada de la creación, no hay que imaginarla á la manera de los ateos, ni ver en ella la formación de una cosa sacada de la nada, como de una *causa material*, Crear, es dar la existencia á una cosa que antes no la tiene; en otros términos, es hacer que exista una cosa que antes no existía; y retamos al sofista más sutil, á que encuentre la menor contradicción en esta idea, que no hay que confundir con la que encierra esta proposición: "una cosa existe y no existe al mismo tiempo." Esta última proposición, entraña una contradicción directa y for-

mal, mientras que en la primera no existe ninguna, ni directa ni indirecta.

Sacar una cosa de la nada, es decir, hacer que lo que antes no existía, exista, no es un imposible.

"Hay dos especies de imposibles, dice Santo Tomás, el imposible relativo, y el imposible absoluto." El primero, se refiere al poder, el segundo, á la naturaleza: aquél es el que encuentra dificultad, éste implica contradicción, y es el imposible por sí mismo.

El imposible absoluto jamás puede realizarse, porque lo que es imposible absolutamente de hacerse, no puede ser el término de una acción: el imposible absoluto, es el que de toda necesidad no puede ser.

La resurrección de un muerto es imposible para un hombre, por imposibilidad relativa, porque no hay poder creado que pueda comunicar vida á un cadáver. Pero esta resurrección no es imposible de un modo absoluto, porque no hay contradicción ó repugnancia en esta tesis: "lo que ha vivido puede volver á vivir."

Pero que Dios cometa el mal, que la materia piense, que un efecto exista sin causa, que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, son cosas im-



posibles de un modo absoluto, porque repugna el mal á la naturaleza de Dios, el pensamiento á la naturaleza de la materia, el defecto de causalidad á la naturaleza del efecto, y la existencia y no existencia de una misma cosa, á la naturaleza del ser.

El imposible relativo, sólo lo es por cierto tiempo, en ciertas condiciones, y mientras que no se presenta el poder que pueda hacerlo posible; el imposible absoluto, es de todo tiempo, é independiente de toda condición, porque lo que implica contradicción, jamás llegará á ser posible.

La creación no es imposible ni de un modo relativo, ó por defecto de poder, ni de un modo absoluto: "*neuter est*," dice Santo Tomás, "*impossibilis creatio*."

La creación es el tránsito del no ser al ser: entre el ser y no ser, hay una distancia infinita: el no ser, opone una dificultad, una resistencia infinita á la acción que quiere hacerlo pasar al ser.

Todo agente que quiere hacer algo, debe tener una fuerza tanto mayor, cuanto mayor es la resistencia que se le opone: mientras más frío está un cuerpo, mayor cantidad de calor se necesita para calentarlo.

La creación, entonces, exige una virtud, una eficacia infinita, de parte del poder que quiere cumplirla ó realizarla.

Esta virtud, esta eficacia infinita, esta condición necesaria para la creación, existe en Dios.

Dios es un ser infinito, y como el poder ó la virtud de obrar, resulta de la esencia del agente, ó es conforme á la fortaleza de éste, y es su reflejo perfecto, es evidente que la acción de Dios, la eficacia de Dios, tiene que ser, siendo él infinito, infinita igualmente.

Existe, pues, en Dios, la condición que se requiere para realizar el tránsito del no ser al ser: la creación, no es, por tanto, imposible con imposibilidad relativa.

Tampoco lo es con imposibilidad absoluta: nadie llegará á demostrar que lo que no ha existido, no puede comenzar á existir: nadie llegará á demostrar que envuelve contradicción, el que una cosa que no es, comience á ser.

El dogma de la creación, es, de consiguiente, perfectamente racional: el entendimiento humano lo concibe; nada tiene de absurdo, nada tiene de imposible.



No es otra cosa el acto creador, como tuvimos ocasión de indicarlo antes, más que aquel acto por el cual el poder divino hace pasar el ser á lo que antes no lo tenía.

A la luz de ese principio bien puede hacerse una distinción entre el ser infinito y el finito.

El infinito es todo ser: el finito está compuesto de ser y de no ser.

Con esta distinción fácilmente se descubre en Dios la unidad tan real y tan grande, como es y como es posible concebirla.

Dios tiene todo el ser, porque todo lo que ha hecho era vida en él, antes que los siglos comenzaran.

Toda la vida reside en Dios y todos los seres están en él.

Pero están en él todos los seres, no como quiere el panteísmo, de una manera formal, porque entonces ese Dios sería, como antes se ha demostrado, sencillamente un absurdo: sería un ser en quien se identificaban cosas contradictorias: y esto lo rechaza indignada la razón.

¿Cómo están, entonces, en Dios todos los seres? ¿Cómo todo lo que existe era vida en Dios, antes de que comenzaran los siglos?

El incomparable ingenio de San Agustín da la respuesta perentoria y clara.

Todas las cosas que han sido hechas, dice el doctor africano, aun antes de haberlo sido, existían ya en el conocimiento, en la sabiduría de quien las hizo y aun existían de un modo más perfecto, porque en el entendimiento divino eran más verdaderas que en sí mismas, y al mismo tiempo eran eternas é incommunicables: Dios, en efecto, no podía hacerlas á menos de conocerlas, ni podía conocerlas sin verlas, ni podía verlas sin tenerlas existentes y presentes de un modo inefable en sí mismo.

En otra parte de sus obras, explica San Agustín, con un ejemplo, estas elevadas concepciones.

Un artífice que construye una arca, dice el Obispo de Hipona, empieza por tener esta arca en su pensamiento: en este pensamiento del artífice está el arca invisible y se llega á ser visible cuando el artífice ha concluido la obra.

Hay más: concluida y visible, el arca carece de vida, mientras que viva está en el pensamiento del artífice, porque el espíritu del artífice que abriga de un modo intencional las cosas que quiere producir, se halla vivo, y todo lo que está en este



ser vivo, está vivo en él. Así sucede con la sabiduría de Dios, por la cual todas las cosas han sido hechas, las contiene todas en sí mismo vivas, en su pensamiento creador, antes de crearlas; y de este modo todo vive en él y en él está la vida de todos.

Dios, continúa el insigne doctor, no ha hecho cosa alguna sin haberla conocido precedentemente, porque todo lo que ha hecho existía en el estado de idea arquetipo en su propio verbo; luego el mundo, aunque hecho en el tiempo, estaba en Dios desde toda eternidad. Pero cómo podía existir en Dios el mundo desde toda eternidad, habiendo sido hecho en el tiempo? De la misma manera que un arquitecto tiene en el pensamiento de su arte, un edificio mucho antes de edificarlo, y aun lo posee en su pensamiento de un modo más perfecto, pues este edificio ideal no está expuesto á envejecer ó á desplomarse. Para mostrar el poder de su talento, de su arte, levanta el arquitecto un edificio: este edificio material ha salido de un edificio ideal: con esta diferencia que si el edificio material cae en ruina, este mismo edificio, al estado artístico é ideal, queda siempre intacto.

De este mismo modo en el Verbo de Dios estaban todas las cosas creadas, porque Dios todo lo ha hecho en su sabiduría y en su Verbo, pero se hallaban al estado de pensamiento.

A Dios plugo realizar exteriormente estos pensamientos y estas ideas, y creó el mundo, por el cual nos ha dado á conocer todo lo que había ideado, lo que había pensado.

Así es que el mismo Dios no ha conocido las cosas creadas porque las hizo, sino las hizo porque las conocía.

Ante esta luminosa exposición, sin esfuerzo se advierte cómo el dogma de la creación no destruye la unidad del ser Divino.

El ser todo, la vida toda, está en Dios.

Dios, en consecuencia, tiene todo el ser, porque todo vive en El.

Lo tiene, también, porque nada subsiste, sino por El.

Dios tiene todo el ser, porque el número, el peso y la medida de todas las creaturas son una participación de sus perfecciones inagotables.

Dios tiene todo el ser, porque es la unidad de todo y porque El religa entre sí, por su eterna é inmensa simplicidad, todos los momentos de la



duración, todos los puntos del espacio, todas las razones de los seres creados.

Dios tiene todo el ser, porque, si la acción y la perpetua influencia de su poder creador cesara un instante, el abismo de la nada se abriría para que en él se sumergieran todos los seres.

Dios, en fin, tiene todo el ser, porque en Él está todo el ser, de un modo efectivo y eminente.

Esta es la unidad del Ser Divino; esta es la unidad que busca y satisface á la razón humana.

No es preciso, para que esa unidad se conciba y exista, que todos los seres estén formalmente en Dios, como quiere el panteísmo.

La unidad que se divide, difundiéndose, se hace multitud, dice el Padre Monsabré, y la unidad que se difunde, sin dividirse, es grandeza.

Esta unidad es la que el hombre busca y adora.

La unidad, así concebida, no se menoscaba, admitiendo el dogma de la creación.

Queda íntegra y en toda su grandeza, aunque todos los seres creados constituyan realidades distintas del ser que los creara.

Aquí se levanta otra vez el panteísmo.

Si los seres creados, dice, son realidades distin-

tas del Creador, aquellos seres lo limitan, y habrá que admitir también que, á proporción que salen de las manos de Dios nuevos seres, agregando estos seres finitos al ser infinito, crece y se aumenta la suma general del ser.

Para evitar este absurdo, dice el panteísmo, es preciso proclamar la unidad de sustancia en todo los seres.

No es racional, responde el Padre Monsabré, zanjar una dificultad con un absurdo, y absurdo es admitir la unidad de sustancia que, como se ha visto, engendra monstruosos absurdos.

Preferible es el misterio: el misterio abruma al entendimiento; el absurdo lo mata.

Pero en realidad no existen esas dificultades, que tanto aturden y azoran á los panteístas.

Los seres criados, no limitan al creador.

El límite de un ser no se determina por los caracteres que lo distinguen de otro, sino por la independencia de otras subsistencias con relación á la suya.

El cuerpo se distingue evidentemente del alma.

Y no, porque se distinguen, debe decirse que el cuerpo es límite del alma.

El cuerpo no limita al alma: el cuerpo está pe-



netrado del alma en todas sus partes: subsiste por ella.

“Cuando una mano misteriosa, dice el Padre Monsabré, venga á abrir la puerta por donde se exhale el espíritu que me anima, mi cuerpo no vivirá más: lo arrojaréis lejos de vosotros, para no tener que sufrir el odioso espectáculo y las influencias funestas de su descomposición: hoy lo respetáis, hasta en sus debilidades, á causa del alma, que hace la unidad de mi persona.”

“Partiendo del centro de mi existencia, continúa el ilustre orador de Nuestra Señora, hago irradiar todo mi ser, y digo: Yo, hasta encontrar subsistencias independientes: vosotros sois mi límite, decía á la muchedumbre que se agrupaba al rededor de su cátedra, como yo soy el vuestro, porque vosotros subsistís en vosotros mismos, como yo subsisto en mí; pero si vosotros no existíseis, sino bajo la condición de que yo existiera, si mi subsistencia fuera la causa próxima de la vuestra, si no pudiérais vivir sino penetrados de mi esencia y constantemente encadenados á mi voluntad, entonces no seríais mi límite, yo sería el vuestro; yo sería de una manera eminente y efectiva, la unidad de esta grande asamblea.”

No es, pues, el límite de un ser, lo que le distingue de otro: lo que le hace independiente, es lo que constituye el límite: la dependencia entraña la unidad.

En la creación nada existe independiente del creador.

“Buscad en el mundo, dice el Padre Monsabré, no los caracteres que lo distinguen de lo infinito, sino la subsistencia independiente: presentadme un átomo, un solo átomo, que no deba su existencia más que á él mismo, y entonces renunciaré á la unidad divina tal como la concibo, para aceptar cualquiera que se invente.”

La creación, en consecuencia, no limita en modo alguno, al Creador de todos los mundos.

— — —

No es tampoco exacto que el acto creador acrezca la suma general del ser.

El ser, dice el P. Monsabré, no es un género que domine á la vez al finito y al infinito: es un trascendente que se afirma bajo razones diferentes del Creador y de la creatura.

Dios es el ser, continúa el P. Monsabré, y nos-



otros tenemos el ser; Dios es el ser sin límites y nosotros tenemos un ser limitado; Dios no puede ser más y nosotros podemos tener más de ser; Dios es el ser por sí mismo y nosotros tenemos el ser por Dios; Dios no depende de ninguno otro ser y nosotros dependemos de Dios.

Infiérese de aquí, sigue diciendo el sabio maestro, que nos sirve de guía, que nuestro ser responde constantemente al infinito por negaciones, sólo puede ser representado por un cero frente á frente de la unidad divina. Sumada con la unidad una columna de ceros tan grande como el diámetro del Universo, jamás tendremos por total más que la unidad.

Por esa razón, como lo hemos advertido en otra vez, David resumía este misterio de grandeza y de pequeñez en estas palabras admirablemente profundas: Mi sustancia, Señor, es ante Tí como la nada, *Substantia mea tamquam nihilum ante Te.*

No decía David, que sus pensamientos, que sus deseos, que sus acciones, que su vida, fueren como la nada ante el Señor; decía que su sustancia misma era tan pequeña, tan imperceptible, que era como la nada á los ojos de Dios.

De manera que, si por una parte, tocamos á la frontera del no ser, por otra, estamos separados del Ser divino por una distancia infinita.

Ayer, dice el P. Monsabré, salimos de la nada, mañana volveríamos á ella si así pluguiese á Dios; mientras que, aunque estuviésemos dotados de todas las perfecciones de que puede ser capaz un ser finito, jamás podríamos entrar en el infinito: no podríamos pretenderlo, Dios no podría determinarlo.

Este profundo misterio, volvamos á repetirlo, de grandeza y de pequeñez, de la grandeza divina y de la pequeñez humana, lo expone San Agustín, en frases, como son siempre las suyas, admirables, profundas y luminosas: Si tú estás sin Dios, serás menor; si estás con Dios, Dios no será más grande. No eres tú quien lo aumentas, es su ausencia quien te disminuye: *Si fueris sine Deo minor eris, si fueris cum Deo major Deus non eris. Non est te ille major, sed tu sine illo minor.*

La creación, en consecuencia, no aumenta, ni puede aumentar la suma general del ser.

No cesan aquí los ataques contra el dogma tan racional de la creación.

El panteísmo, que es el que más se ensaña con-



tra ese dogma, busca, en las perfecciones divinas, incompatibilidades con el acto creador.

Si Dios, dice, obra todo él y con un poder soberano, el acto creador no puede producir menos que otro Dios.

Verdad es que un agente, sólo puede producir menos que él mismo, por debilidad ó por división de sus fuerzas.

También es verdad que en Dios, ni hay debilidad ni hay división de fuerzas.

Pero el panteísmo olvida la diferencia de actos en el Ser divino.

Cuando el acto es necesario, produce el agente una persona igual á él: esto se realiza en las procesiones divinas: el Padre engendra al Hijo y el Hijo engendrado es igual al Padre: el Padre y el Hijo se aman necesariamente: este acto de amor produce una persona subsistente igual al Hijo y al Padre.

Cuando el acto no es necesario, cuando es voluntario, el producto del acto no tiene que ser igual al agente.

Todo principio, cuanto más independiente es con relación á los productos de su actividad, más dueño es de medir la perfección de ese producto.

Esta diferencia puede advertirse en los actos del hombre.

El hombre ejercitando un acto propio de su naturaleza, por ejemplo, cuando se entrega al acto de la generación, quiera ó no quiera, el producto, si no igual, porque su naturaleza es limitada, es necesariamente, semejante á él.

Cuando el hombre se entrega á actos voluntarios enteramente, es libre para medir la perfección de la obra que produce.

El hombre, en las obras del entendimiento, por ejemplo, es dueño de producir una obra más ó menos perfecta, y al producirla más ó menos perfecta en nada se rebaja su potencia intelectual.

Dios es soberanamente independiente de los objetos finitos que crea su mano poderosa: dueño es, entonces, de medir la perfección que les quiera otorgar: el acto creador es libre: su producto no tiene que ser igual en naturaleza al del agente que lo trae á la vida.

No se menoscaba la omnipotencia divina, creando seres finitos: la creación de seres limitados no es incompatible con la grandeza del poder soberano.

Aun no se cansa el *panteísmo*.



Juzga que la inmutabilidad de Dios no puede combinarse con la creación, que entraña relaciones de tiempo con el ser contingente.

El *panteísmo* juzga que su teoría salva esa dificultad, á su juicio insoluble.

Si los seres no son más que la modificación de la sustancia divina, la inmutabilidad de Dios queda á cubierto: la unidad de sustancia, la inmutabilidad de ser, no sufre por la mudanza de los accidentes ó modificaciones.

La teoría del *panteísmo* evidentemente no zanja la dificultad.

No puede comprenderse la inmutabilidad en ese Dios-*Todo* que pasa la vida en continuadas evoluciones, en irradiaciones de ser que multiplican sus aspectos.

A la luz del dogma de la creación, la inmutabilidad del Ser Supremo no sufre menoscabo.

El Creador, bajo el sistema cristiano, no se confunde con su obra: la domina desde la inmensa altura de su perfección.

Principio es, que sin esfuerzo se impone á la razón, el que cuanto una causa más domina su efecto, en menos movimiento se pone para producirla.

Para arrancar de raíz una encina, es preciso una tormenta; para levantar una paja, el aire no se conmueve.

Para quitar un tronco poderoso que me impide el paso, necesito toda la actividad de mis fuerzas; para quitar un grano de polvo que me ofusca la vista, mi dedo más pequeño me presta ese servicio.

Cuanto más grande es la causa, disminuye el efecto y el movimiento es menos sensible.

Claro es, entonces, que si la causa es grande y el efecto es como la nada, debe suprimirse el movimiento totalmente.

Las sustancias creadas, como lo ha dicho David, en las palabras que antes dejamos trascritas, son como nada ante Dios que las cría.

La causa es infinita, el efecto es finito: para producirlo, entonces, no se necesita movimiento.

La inmutabilidad, de consiguiente, ante el dogma de la creación no se resiente en modo alguno.

La inmutabilidad de Dios, dice el Padre Monsabré, el astro eterno y creador, está en razón directa de la distancia de su naturaleza á la naturaleza de los seres finitos siempre en movimiento: